estancia en aquel gabinetito, con las cortinas corridas, buen fuego en la chimenea, encendida la lámpara de gas y teniendo á la vista las numerosas cartas escritas, que eran otras tantas esperanzas. Ethel estaba sonrosada, alegre, llena de entusiasmo, y ya daba vueltas por la habitación, ya se acercaba á su marido, ya, en fin, se le recostaba sobre el hombro, para ver cómo trabajaba. Siguiendo las indicaciones de Lewisham, le fué dando, primero, y cerrando, después, los sobres que habían colocado sobre la cómoda.

—Tú, por lo menos, sabes ayudar — dijo el esposo, echándose hacia atrás en el asiento. — Por ti soy capaz de hacer... soy capaz de hacer... ¡vaya! ¡ni sé lo que soy capaz de hacer!...

—Pero ¿es verdad que te ayudo?... ¿Es verdad que te ayudo?...

Lewisham dijo que sí con el gesto y con la cabeza. Su mujer exhaló un grito de júbilo, y, sin duda, para demostrar prácticamente que servía para auxiliar, dió la vuelta á la mesa y corrió hacia su marido con los brazos abiertos.

—¡Queridísimo mío! — exclamó.

Lewisham le pasó el brazo por el talle, y echó hacia atrás el asiento que ocupaba, con objeto de poder sentar sobre las rodillas á Ethel... ¿Quién se hubiera atrevido á decir que ella no le ayudaba?...

CAPITULO XXV

LA PRIMERA BATALLA

Las pesquisas que Lewisham emprendió para conseguir una clase nocturna ó lecciones particulares, no eran, á su juicio, sino medidas provisionales. Respecto á sus ofrecimientos para alcanzar situación de mayor estabilidad, revelaban siempre deficiencia en el sentido de las proporciones. Una plaza de profesor en Melbourne, por ejemplo, resultaba muy superior á sus méritos; y en la Escuela de Eton, hubiera sido gracioso el recibimiento que le hubieran dispensado á él y á su esposa. Al principio tenía fe ciega: en que un alumno de la Escuela de Kensigton era el único ser intelectual del orbe; en que abundaban muchísimo las plazas dotadas con sueldos de ciento cincuenta á trescientas libras esterlinas por año, y en que es sencillamente despreciable la competencia de los alumnos procedentes de Oxford, de Cambridge y de otras universidades. Pero los agentes escolares, á los cuales fué á visitar al siguiente sábado, hicieron mucho, con sincera ironía, para desengañarlo.

El empleado principal del señor Blendershin, en la sombría oficinilla de Oxford Street, puso los puntos sobre las íes, con tal rudeza, que Lewisham montó en cólera.

—¿Y por qué no director de un colegio?... — exclamó el empleado. — ¿Y por qué no pide usted una silla episcopal?... Mire... — exclamó, dirigiéndose al señor Blendershin, que entraba fumando un gran tabaco; — mire este jovencito... *no tiene* título universitario, *no tiene* conocimientos *sportivos*, tiene veintiún años de edad y dos años de práctica como maestro auxiliar, y... quiere ya ser primer jefe de un colegio.

Mientras así decía, señalaba con el cabo de la pluma á Lewisham, y se expresaba con voz tan fuerte que,

indudablemente, debían estar oyéndolo los clientes que había en la sala de espera.

—Oiga — murmuró muy indignado Lewisham, — si yo estuviese enterado de las condiciones que hacen falta y de cuanto deseo saber, maldito si hubiera tenido que venir á buscar á ustedes.

El señor Blendershin examinó rápidamente al joven.

—¿Qué certificados trae? — preguntó al empleado.

Este leyó una lista de certificados correspondientes á materias que acababan en... *ología* y en... *ografía*.

—Cincuenta libras esterlinas, casa y manutención — dijo lacónicamente el señor Blendershin. — Ese es el sueldo de usted. Y á lo sumo, si tiene suerte, sesenta esterlinas.

—¿Qué? — exclamó Lewisham.

—¿No se da usted por satisfecho?...

—No, señor.

—Por ochenta libras y hospedaje, los tenemos con título de Cambridge, y... se dan por bien servidos — manifestó el señor Blendershin.

—Es que yo no quiero hospedaje—advirtió Lewisham.

—Son rarísimos, rarísimos, los centros de enseñanza donde el personal no tiene habitación y comida — contestó el señor Blendershin. — Generalmente, se necesita del personal para la vigilancia del dormitorio... y se teme que el profesor pueda dar lecciones en la calle y restar alumnos.

—¿Estará usted casado, por casualidad?... — preguntó de repente el empleado, después de mirar con fijeza la cara de Lewisham.

—¿Eh?... ¡Eh!... — murmuró Lewisham, tropezándose con la mirada del señor Blendershin. — Sí... — confesó.

El empleado profirió una exclamación breve, enérgica é intraductible.

—Caballero — habló el señor Blendershin, — obrará usted cuerdamente no confesando que está casado. Bueno... Ya veo que trato con un novicio. Yo, en su lugar, tomaría el título, puesto que el examen está próximo. Así tendrá más probabilidades de colocación.

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Obras cómicas ilustradas

Puñaditos de Sal

El libro más gracioso que se ha dado á luz en el universo y el más variado. Ingeniosidades á puñados, risa para toda la vida. 500 chistes nuevos. 400 dibujos intencionadísimos. 200 páginas de texto.

UNA PESETA

Obras de **Julio Victor Tomey** (*León Fogoso*)

CUADERNICOS BATURROS

(**Popularísimos en toda España. DIEZ CUADERNICOS**, profusamente ilustrados. Leyendo estos graciosos **cuadernicos**, salpicados de ingeniosidades en todas las líneas, se conoce perfectamente, **de verdad**, el carácter, usos y costumbres de la gente aragonesa, puesto que se la presenta en ellos tal como es.—**20 céntimos cuadernico LOS DIEZ, 2 PESETAS.**

Prosica Baturra

Alegría en Conserva

Volúmenes A y B de la **BIBLIOTECA HUMORÍSTICA.**—Elegantísimos tomos de 128 páginas, con multitud de dibujos y nutrido texto.—Extensa colección de largos cuentos festivos que entretienen y deleitan.—**TRES REALES TOMO.**

MIL Y UNA CURIOSIDADES

Se compone esta obra de cuatro tomos, á **2 reales uno.**—Contiene más de 600 dibujos y noticias y explicaciones de todo lo raro que se conoce, desde las épocas primitivas hasta nuestros días. Origen de multitud de cosas, Historia, Arqueología, Numismática, Etnografía, usos, costumbres, religiones de muchos pueblos, armas, Artes, Ciencias, etc., etc. Enciclopedia de todo; para los hombres ilustrados, obra de consulta; para los demás, base de ilustración, y para los niños, enseñanza muy provechosa, pues con su clara lectura, en forma sencilla y narrativa, se da en **Mil y una Curiosidades** explicaciones de cuanto saber se necesite.

BIBLIOTECA CÓMICA DEL VIAJERO

Chistes, artículos festivos de los principales escritores; novelitas' pasatiempos, etc., etc. Gran número de dibujos.—**Cuatro cuadernos á TREINTA céntimos uno.**

Hubo una pausa.

—El caso es — insinuó Lewisham, mirándose las puntas de las botas — que necesito colocarme mientras tomo el título.

El empleado silbó dulcemente.

—Acaso pudiéramos encontrar una plaza de interino — insinuó, pensativo, el señor Blendershin. — Vuelva á leerme la lista, Binks. — Escuchó atentamente y exclamó: — ¿No admite la enseñanza religiosa?... ¡Qué bobada!... Exije usted mucho. Borre, borre eso. Seguramente no hallará colocación en ninguna escuela burguesa de Inglaterra, si rechaza la enseñanza religiosa. Las madres no transigen... ¡Dios las bendiga!... Cállese, pues, sobre este punto. ¿No es usted creyente?... ¿Quién lo es hoy?... Hay centenares en igual caso que usted... Hasta nuestros sacerdotes... Cállese, pues.

—Pero... ¿y si me preguntan?...

—Religión nacional. Aquí, todos los que no son disidentes, pertenecen á la religión nacional. Sin este requisito, es punto menos que imposible lograr colocación.

—Pero... — insistió Lewisham — eso es mentir.

—Ficción legal — replicó el señor Blendershin. — Todo el mundo está en el secreto. Sin esta condición, hijo mío, no podemos gestionarle plaza... Tendrá que dedicarse al periodismo... ó á servir en los almacenes... y, dada la experiencia de usted, ni aun en el periodismo veo fácil que entre.

Lewisham se ruborizó, calló, frunció las cejas y se retorció violentamente el bigote.

—Es un compromiso — insinuó el señor Blendershin, contemplándolo benévolamente. — Ya ve usted que es un compromiso.

Por la primera vez en su vida, Lewisham afrontó la necesidad de mentir tranquilamente. Descendía de las austeras elevaciones del respeto para consigo mismo, y ya, cuando volvió á hablar, no habló de buena fe.

—Si se me pregunta — murmuró, — no me obligo á mentir. Ni puedo ni sé.

—Borre, borre — ordenó Blendershin al empleado. —

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No tendrá usted necesidad de hablar. ¡Ah! No diga que no puede dar lección de dibujo.

—¡Si no puedo! — contestó Lewisham.

—Con enseñar los modelos á los alumnos — observó Blendershin — y con que nadie sepa que usted no dibuja, es suficiente. ¿Me entiende?...

—Pero eso no es dar lección de dibujo, eso...

—Es lo que aquí se entiende por lección — prosiguió Blendershin. — No hay que fastidiar con pedagogías... Esa es la perdición de los segundos maestros y de los auxiliares. Anote: dibujo; luego, estenografía...

—Pero... — interrumpió Lewisham.

—Estenografía, francés, teneduría de libros, geografía comercial, agrimensura...

—Pero yo no sé enseñar nada de eso...

—Oiga — exclamó Blendershin, callándose un momento. — Su señora ó usted, ¿tienen rentas?...

—No — contestó Lewisham.

—¡Pues entonces!...

Hubo otra pausa y hubo otro descenso moral; luego hubo brusco tropiezo contra un obstáculo.

—Notarán la superchería... — insinuó Lewisham.

Blendershin sonrió.

—Vale más que el saber, el buen deseo por enseñar... ¿Me comprende?... Nadie lo advertirá. El tipo corriente de director-propietario de escuela, no es capaz de notar nada. Ni conoce ni sabe enseñar nada de estas materias, y, por ende, cree que es *imposible* enseñarlas. Háblele de métodos pedagógicos, y contestará alabando la experiencia práctica. Pero, sin embargo, incluye todas estas asignaturas en los prospectos de su casa... ¿me entiende usted?... y en sus programas de enseñanza. Algunas materias... la geografía comercial, por ejemplo... ¿Qué es la geografía comercial?...

—Farsa y machaconería — murmuró el empleado, mordiendo el cabo de la pluma.

—El juguete de moda — afirmó Blendershin. — El juguete de moda. Los periódicos dieron en la flor de inventar «infundios» acerca de la educación comercial; los infundios son contagiosos: el duque de Devonshire

se contaminó y ensalzó grandemente la idea... dándoselas de descubridor... y burlándose, en su fuero interno, del descubrimiento... El contagio llegó á los padres; los directores de centros de enseñanza se vieron forzados á incluir en sus programas la educación comercial... y exigieron esos conocimientos á los auxiliares... Y estos, naturalmente, aseguraron que dominaban la materia.

—Muy bien — dijo Lewisham, sofocando un sollozo de vergüenza. — Anote usted todas esas asignaturas. Pero... conste que no quiero colocación con hospedaje.

—Bien — observó Blendershin. — Los conocimientos científicos que usted posee, tal vez puedan serle útiles. Le advierto que el trabajo de este género es muy duro. Acaso logremos encontrar hueco en alguna academia preparatoria. Tome nota de las señas de este caballero...

El empleado insinuó algo acerca de pago. Blendershin miró á Lewisham y movió, incrédulamente, la cabeza.

—Derecho de inscripción: media corona — murmuró el empleado — para gastos de correspondencia; pago anticipado.

Lewisham recordó el consejo que antaño le diera Dunkerley. Titubeó, y al fin dijo:

—No; no pago anticipado. Si me encuentra colocación, abonaré la comisión. Si no...

—La perderemos — concluyó el empleado.

—Positivamente—afrimó Lewisham.—Es equitativo.

—¿Vive usted en Londres?—preguntó el señor Blendershin.

—Sí — contestó oficiosamente el empleado.

—Entonces no hay dificultad — concluyó Blendershin. — No hablemos más de gastos de correspondencia. Pero entérese de que estamos en la época peor y de que no es posible, por ahora, prometerse mucho. A veces... hacia Pascua florida... hay algún que otro cambio de personal... Poca cosa... Vaya... ¡hasta la vista!... ¿Hay algo más, Binks?...

Los señores Maskelyne, Smith y Thrums, estaban

al frente de una agencia más encopetada que la de Blendershin, y cultivaban la especialidad del profesorado para establecimientos de enseñanza privada y para escuelas elementales. Tan encopetado era el género á que se dedicaban los señores Makelyne, Smith y Thrums, que hicieron perder la paciencia á Lewisham, negándose, al principio, á inscribirlo en sus libros. Sufrió el interrogatorio de un joven elegantemente vestido, que se expresaba con tanto laconismo como precisión, y que no quitaba la vista del cuello de caucho que lucía Lewisham.

—No es nuestro género — exclamó, entregando á Lewisham un impreso para que lo llenase. — Aquí proveemos á los colegios superiores y á lo más selecto de las escuelas preparatorias.

Mientras Lewisham llenaba los huecos del impreso, con la larga relación de certificados obtenidos en... *ologías* y en... *ografías*, un caballerete, de aspecto aristocrático, entró y saludó amistosamente al empleado. Lewisham, sin dejar de escribir, comprobó que su rival profesional llevaba gabán largo, botas charoladas y elegantísimo pantalón gris. Entonces se dió cuenta de que la competencia tenía un aspecto en el que hasta ahora no se fijó. El empleado, con el gesto, llamó la atención del caballerete hacia el cuello postizo de Lewisham, y obtuvo, como respuesta, un fruncimiento desdeñoso de cejas y de labios.

—El tipo de Castleford me ha escrito — dijo el caballerete, con voz bien timbrada. — ¿Merece que me moleste contestándole?...

Cuando el tipo de Castleford quedó despellejado, Lewisham entregó el impreso, con las casillas llenas. El empleado, sin dejar de mirar al cuello postizo, tomó el documento, como quien se digna dispensar un gran favor

—Dudo que podamos hacer algo por usted — le dijo. — Acaso encontraremos vacante alguna cátedra de idiomas... Las ciencias tienen poca importancia en el género de escuelas que cultivamos... Los clásicos y muchos deportes... Esto es lo que más necesitamos.

—Ya comprendo — murmuró Lewisham.

—¿Es usted alumno de las escuelas públicas?...

—No.

—¿Dónde ha estudiado usted?

Lewisham se ruborizó.

—¿Qué importa ese detalle? — preguntó, mirando de soslayo al elegante competidor.

—Es esencialísimo para el género que cultivamos. Es cuestión de buen tono... ¿Comprende usted?...

—Ya comprendo — murmuró Lewisham, dándose cuenta de lo mucho que le faltaba, y ansiando escapar á las miradas curiosas de aquellos señores. — Espero que me escriba usted si encuentra algo...

El empleado se inclinó saludando, al ver que Lewisham se marchaba.

—¿Vienen por aquí muchos tipejos de esa facha? — preguntó el caballerete, después que Lewisham salió.

—Muchos. Aun cuando no con tan malas trazas como este. ¿Se fijó usted en el cuello postizo de caucho?... ¡Puah!... Y qué manera de decir «ya comprendo», y qué torpeza en el hablar y en el ademán... Apuesto á que no tiene ropa decente. Sería capaz de presentarse en un colegio con ese aspecto desharrapado... ¡Ah! ¡este género... abunda... abunda muchísimo! El otro día vino Rowton.

—No sería Rowton, el de Pinner.

—Sí, el mismo. Me pidió un auxiliar, diciéndome: «Quiero que sepa enseñar aritmética».

El empleado se echó á reir. El profesor elegante quedóse pensativo, mirando el puño de su bastón.

—Un tipo como el que acabo de ver — exclamó — no puede estar en ninguna parte. Si lograse entrar en una escuela decente, estoy seguro de que los demás profesores le harían saltar á fuerza de desaires.

—Esta gente no entiende de eso; tiene la epidermis muy gruesa — observó el empleado. — En Kensigton y en las Escuelas politécnicas se fabrican estos tipos por millares.

Lewisham, preocupado con haber descubierto la importancia que para la enseñanza tiene el vestir elegantemente, se olvidó del resquemor que sintiera al tener

que profesar una religión en la cual no creía. Andaba mirándose en los cristales de los escaparates y se veía con un pantalón raído, desflecado y con rodilleras, con las botas viejas, deformadas y mal embetunadas; con los puños muy fuera de las mangas; con la americana llena de arrugas y mal ajustada al cuerpo; con la corbata roja medio deshecha y torcida, y con el cuello de caucho brillante, algo descolorido y grasiento... ¿Qué importaba tener el cerebro bien equipado para enseñar ciencias?... Absolutamente nada. Comenzó á calcular el costo de un traje completo. Por menos de diez y seis chelines no podría comprarse un pantalón gris como el que acababa de ver; un buen gabán... un buen gabán supuso que representaría un desembolso de cuarenta chelines... ó quizás de más: la ropa buena es muy cara. En la puerta de los almacenes de Poole, titubeó; luego siguió andando. Aquella compra estaba muy por encima de sus recursos. Atravesó Leicester Square y bajó hacia Bedfort Street, sintiendo odio contra cuantas personas bien vestidas se encontraba.

En un gran edificio, con aspecto de casa de banca, tienen instaladas sus oficinas los señores Danks y Winborne; allí, sin preguntar nada, le ofrecieron una hoja impresa para que llenase las casillas en blanco. ¿Religión? — preguntaba el documento. Lewisham reflexionó y escribió: — La nacional.

Luego se encaminó al Colegio de Pedagogia, en Holborn. Como representante del Colegio, trató con un señor corpulento, de luenga barba, rostro satisfecho, manos suaves y luciente cadena de oro. El expresado señor, que usaba lentes, también con áurea montura, hablaba bondadosa y discretamente, lo cual contribuyó no poco á calmar la ofuscación que experimentaba Lewisham. El digno representante del Colegio anotó los certificados de *ologías* y de... *ografías*, mostrando admiración cortés ante su gran número.

—Debiera usted proveerse de uno de nuestros títulos — dijo al joven. — Para ello no hay dificultades. Ni concursos... Es cuestión de precio... tenemos distintas tarifas... siempre al contado...

Lewisham no se fijó en que su cuello de caucho había encontrado, al fin, quien lo mirase con simpatía.

—Damos series de clases, y tenemos un examen acerca de teoría y práctica de la educación. En nuestra patria, este es el único examen que sobre educación teórica y práctica tienen que sufrir los que se dedican á la enseñanza elemental y á la segunda enseñanza... Aparte, concedemos títulos de profesor. Al año, expedimos no menos de doscientos títulos á institutrices. Los hombres prefieren enseñar por rutina... ¡la característica del pueblo inglés es la rutina!... ¿Para qué insistir sobre el asunto?... Pero es cierto... absolutamente cierto... que va á ocurrirnos algo muy desagradable si continuamos por el camino emprendido... Las escuelas norteamericanas no cesan de perfeccionarse... las escuelas alemanas hacen otro tanto... Lo que bastaba ayer, resulta insuficiente hoy. Aun cuando no hace falta, se lo digo á usted... No es el todo saber mucho de una ó de varias materias. ¡Hay que contar con tantísimos factores!... Sin embargo, obrará usted cuerdamente tomando un título nuestro y colocándose en condiciones... Aun está usted en edad de trabajar para el porvenir.

Hablaba de trabajar para el porvenir con sonrisa de disculpa, como si estuviera persuadido de que se trataba de una flaqueza inocente. Al fin, concretando más, suministró á Lewisham informes detallados acerca de los títulos que expedía el Colegio; después formuló otras hipótesis.

—Suelen presentarse lecciones particulares — dijo.— ¿Se encargaría usted de la enseñanza de un joven atrasado en desarrollo intelectual?... A veces nos piden profesores, á sueldo y sin hospedaje, para colegios de señoritas. Pero esto es propio de hombres entrados en años, de hombres formales... casados... ¿Me comprende?

—Soy casado — declaró Lewisham.

—¡Eh! — murmuró sobresaltadísimo el Colegio de Pedagogia, por boca de su digno representante.

—Soy casado — repitió Lewisham.

—¡Bromista! — exclamó el Colegio de Pedagogía

por boca de su digno representante, fijándose más y más en Lewisham. — ¡Bromista!... Doblo á usted la edad y aun no me he casado... por completo. ¡Veintiún años! Y... ¿lleva mucho tiempo casado?...

—Algunas semanas.

—¡Es admirable! ¡Es interesantísimo!... ¡Es *realmente* admirable é interesante!... — murmuró el Colegio de Pedagogía por boca de su digno representante. — Su señora de usted debe ser muy valiente... Dispénseme... Mucho trabajo ha de pasar para conquistar una posición... Con todo, hasta cierto punto... ya está usted capacitado para ser profesor de un colegio de señoritas.

Mucho complacieron á Lewisham las muestras de admiración y de respeto que le tributó el Colegio de Pedagogía por boca de su digno representante. Pero momentos después, y tras otra entrevista con el jefe de la Agencia Médica, Escolar y Eclesiástica, establecida junto al puente de Waterloo, sintióse desalentado, y echó á andar camino de su casa. Mucho antes de llegar encontróse cansado; su inocente orgullo por haber contraído matrimonio y por luchar cuerpo á cuerpo contra un mundo antipático, se había disipado. Le amargaba el haber tenido que transigir en materia de religión, y le dolía no poder resolver el problema de la indumentaria. Aun estaba lejos de admitir sin discusión que sus servicios profesionales estuviesen más por bajo que por encima de cien libras esterlinas al año; con todo, esta convicción iba dominándole poco á poco.

El día era gris y nuboso; soplaba viento frío y desagradable. Un clavo de una de sus botas tuvo el atrevimiento de ponerse de manifiesto. Luego, algunas contestaciones poco felices, que dió en el reciente exámen de Botánica, le preocuparon grandemente, aun cuando procuró y procuraba no recordarlas. Por vez primera, desde que se casó, entrevió la posibilidad de un fracaso.

Tan luego como entró en su casa, quiso sentarse junto á la lumbre, en la butaquita crujiente, pero Ethel le salió al encuentro, abandonando la máquina de escribir recientemente comprada, y tendiéndole los brazos.

—¡Cuánto me he aburrido!... — le dijo su esposa.

No hizo Lewisham caso de la galantería.

—Tampoco he estado yo divirtiéndome, con que no puedes quejarte — contestó en tono que Ethel nunca le había oído.

Desprendióse de los brazos de su mujer y se sentó. De repente se fijó en la cara de Ethel.

—Estoy cansadísimo — dijo, á modo de disculpa, — y tengo en una bota un maldito clavo que necesito machacar. Es pesadísima tarea la de ver uno tras otro á los agentes de colocaciones, y, no obstante, vale más ir á verlos que escribirles. Y tú, ¿cómo estás?

—Muy bien — contestó Ethel, mirándole. — ¡Es cierto!... Se te nota que vienes cansado. Vamos á tomar el té... Déjame que te quite las botas... querido mío... sí... quiero quitártelas.

Llamó, y en seguida salió apresuradamente, y desde lo alto de la escalera pidió el té; luego volvió, arrastró la alfombrilla, sentóse encima, y se puso á desatar los cordones de las botas de su marido. Disipóse el mal humor de Lewisham.

—Eres un tesoro, Ethel, eres un verdadero tesoro.

Inclinóse y abrazó á su mujercita; el desate del calzado quedó interrumpido para dar lugar á recíprocas caricias.

Poco después, Lewisham estaba cómodamente sentado ante la lumbre, con los pies descansando en las zapatillas y con una taza de té en la mano; Ethel arrodillada ante él, junto al fuego, y con el semblante iluminado por las llamas, le hablaba de una contestación que acababa de recibir al anuncio en la revista *Athemeum*.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó Lewisham.

—Se trata de un novelista — observó Ethel con cierto relampagueo de orgullo en la mirada, y le entregó la carta, que estaba firmada por Lucas Holderness, autor de *La fragua del crimen* y de otras obras.

—¡Muy bien! ¡De primer orden! — murmuró Lewisham con cierto dejo de envidia, inclinándose para leer la epístola al resplandor de la lumbre.

La carta estaba fechada en Judd Street, Euston Road;

el papel era bueno, y el carácter de letra claro y vigoroso, como generalmente se supone en los novelistas.

«Querida señora — decía la misiva; — estoy dispues»to á enviarle, en paquete certificado, el manuscrito de »una novela en tres tomos. Calculo que tendrá noventa »mil palabras; ya usted se encargará de contarlas exac»tamente...»

—Pero ¿cómo las voy á contar? — interrumpió Ethel.

—Yo te enseñaré el procedimiento. No te apures. Cuentas las palabras de tres ó de cuatro cuartillas, tomas el término medio y multiplicas.

«...Pero es justo que antes de hacer el envío tenga »yo la seguridad de que mi confianza, al entregar á »usted esta obra, no está mal colocada, y de que la copia »resultará aceptable...»

—¡Qué fastidio! — exclamó Lewisham.

«...Por consiguiente, necesito informes...»

—¡Qué endiablada contrariedad! — gruñó Lewisham. — Si ese imbécil de Lagune quisiera... Pero... ¿qué dice aquí?...

«O á falta de informes, un depósito como garantía...»

—¡Vamos! Esto se me antoja más razonable.

El depósito era pequeño... insignificante: una guinea. Cualquier duda que hubiese sentido, seguramente se disipara, viendo á Ethel esperanzadísima y ganosa de trabajar.

—Un cheque le demostrará que tenemos cuenta corriente — exclamó Lewisham, que, por llevar poco tiempo de tenerla, sentía el orgullo de la cuenta corriente.— Le enviaremos un cheque, y así no desconfiará.

Aquella noche, después de haber enviado el cheque por valor de una guinea, aun tuvieron la satisfacción de recibir una carta-aviso de la agencia de los señores Danks y Wimborne. Era una oferta de cargos vacantes, con hospedaje; cargos para los cuales no reunía Lewisham condiciones; con todo, la carta era una prueba alentadora de que, al luchar contra el mundo, había brechas por donde entrar. Luego, y sin otra interrupción que algún que otro cambio de caricias con Ethel, comenzó á repasar los apuntes del año anterior, porque

aun cuando había terminado el curso de Biología botánica, comenzaba el último asalto al «Premio Forbes»: el curso de Zoología superior. Ethel buscó su mejor sombrero para cambiarle los adornos. Sentóse en una silla baja, mientras Lewisham, con los apuntes ante la vista, se ponía de codos sobre la mesa.

Quitó la joven, del sombrero, un ramito de flores azules; alzó la cabeza y vió á Lewisham que, en vez de leer, miraba fijamente el centro del tapete de la mesa, con expresión intensamente afligida. Ethel se olvidó de las flores azules y observó á su esposo.

—Doy un penique por saber en qué estás pensando— le dijo de repente.

Lewisham se estremeció.

—¿Eh?...

—¿Por qué tienes el gesto tan de disgusto?... — preguntó la joven.

—Pero ¿tengo gesto de disgusto?...

—Sí; y de estar contrariado.

—Pensaba en que me agradaría freir en aceite á un obispo.

—¿Qué dices?...

—Esos señores saben perfectamente el pro y el contra de lo que enseñan; saben que no creer, no es locura, ni perversidad, ni fuente de daños para los demás; saben perfectamente que un hombre puede ser honrado á carta cabal, y recto y justo hasta el exceso... sin creer en lo que ellos predican. Saben que un hombre, siendo hombre de honor, no necesita tener tales ó cuales creencias. Y, sin embargo, sabiendo todo esto, se niegan á proclamarlo. Adulan á los ricos, aun sabiendo que se burlan de sus doctrinas. Aceptan las vajillas de oro de los negociantes poco escrupulosos, y se guardan las limosnas de las casas paupérrimas. Pero si un hombre es pobre y no declara públicamente que cree en lo que ellos no creen, es seguro que no se molestarán en ampararlo contra la estupidez de sus adeptos. Tu padrastro tenía razón la otra noche. No ignoran lo que son hipocresías y farsas, y, sin embargo, dejan que se cometan. ¿Para qué oponerse?... Es más cómodo cobrar. Y si

ellos viven en la corrupción, ¿por qué no hemos de vivir nosotros?...

Una vez que Lewisham había escogido á los obispos como representantes de las indignidades mundanas, estaba dispuesto hasta á achacarles la molestia que le produjo el clavo que surgió en su bota. Ethel estaba como cohibida, comprendiendo el sentido de aquella palabrería.

—No eres... — exclamó á media voz — *infiel*...

Lewisham inclinó tristemente la cabeza.

—¿Y tú? — le preguntó.

—Yo, no — contestó Ethel.

—Sin embargo, ni vas á la iglesia, ni...

—No; no voy, pero... — afirmó con energía — no soy infiel.

—¿Eres cristiana?...

—Sí.

—Bueno; y... ¿en qué crees?...

—¡Oh! En que se debe decir la verdad, practicar el bien, no hacer daño al prójimo...

—Eso no es lo que se entiende por ser cristiano. Para ser cristiano es preciso creer.

—Pues eso es lo que yo entiendo por ser cristiano.

—Según eso — observó Lewisham, — todo el mundo es cristiano. Todos pensamos que es bueno hacer el bien y que es malo hacer el mal.

—Sí; todos lo pensamos, pero no todos lo hacemos— replicó Ethel, volviendo á emprender el arreglo del ramito de flores azules.

—No...—contestó Lewisham, algo desconcertado, por aquel procedimiento femenino de discutir. — No todos lo hacemos... es verdad.

Quedóse un momento mirándola; Ethel contemplaba el efecto del adorno de su sombrero... El joven creyó haber hecho un descubrimiento extraño... Estuvo para hablar, pero se calló y reanudó la lectura de sus apuntes... Muy pronto, el centro del tapete de la mesa, le atrajo y retuvo la atención.

. . . . . .

A la mañana siguiente, el señor Holderness (Lucas)

recibió un cheque por valor de una guinea. Quedóse reflexionando un rato; luego tomó la pluma y tintero, y retocó la palabra *una*, que Lewisham trazara con descuido; después del retoque, se leía perfectamente *cinco*. Después enmendó el *uno* en cifra, para que estuviese conforme con la letra.

El corrector era un individuo flaco, cadavérico, con larga melena negra, y traje severamente eclesiástico, aun cuando lastimosamente raído. Hizo las enmiendas con verdadera solemnidad; tomó el sombrero, salió y llevó el cheque al tendero de comestibles. Este lo examinó con recelo.

—Guárdelo — exclamó el señor Holderness (Lucas). — Si tiene dudas, guárdelo y mande cobrarlo. No conozco la firma y no sé si tratan de estafarme. No garantizo nada. Guárdelo, ya me pagará usted cuando lo cobre. Puedo esperar. Volveré cuando pasen unos días.

. . . . . .

—Era corriente, ¿verdad? — preguntó cuarenta y ocho horas después, el señor Holderness (Lucas), con estoica indiferencia.

—Completamente corriente, caballero — contestó el tendero, mirando con más respeto á su parroquiano y entregándole el importe del cheque.

El señor Holderness (Lucas), que había estado lanzando miradas famélicas sobre los comestibles de la tienda, se animó de repente y compró una lata de salmón. Salió llevando en la mano el dinero, por desconfiar de la seguridad de los bolsillos del vetustísimo traje. Entró en la tahona y compró pan tierno. En el acto partió un gran pedazo y comenzó á engullir, mientras iba andando. El pedazo era tan enorme que, para masticarlo, tuvo que hacer horribles muecas. Tragaba con esfuerzo, y alargaba el cuello para poder deglutir. Brillábanle los ojos con brillo de satisfacción bestial. Dobló la esquina de Judd Street, y ni los lectores volverán, ni los Lewisham volvieron á oir hablar de aquel hombre flaco y cadavérico.

———